



Babel, 1997. Óleo sobre lienzo, 32" x 24".

Jan Martínez

EL INNOMBRADO

Hoy tengo deseos de llamarme Carlos
O Alberto, de mirarme danzando en otro rostro,
De sentirme Israel. De llamarle madre
A la anciana de la esquina y pedirle la bendición
A cualquier abuelo que aparezca en la más azul de las ventanas.
Hoy quisiera arrancarme la piel y enviarte un tambor
Para que batas mi existencia con otra danza,
Pisotear mi mente, recoger los escritorios de mi cerebro
Y quemar todos los papeles de los que dijeron quererme.
Hoy quisiera inmolarme en el altar del más alto desprecio.
Hoy no quiero el Ignacio de mi nombre.
Hoy quisiera no tener pueblo ni nación, ni lugar de origen
Ni seguro, ni himno, ni primo ni bendición.
Deshacerme de mis recuerdos y sembrar olvidos
En los vacíos de la nada, desprenderme de mis agrias
redundancias, Ser bajito y cósmico, un Sancho de ojos amargos
Y mirada dulce. Hoy quisiera pasarte por el lado
Y que me preguntaras ¿tú acaso no eres Carlos
Aquel que algún día fue Ricardo y quiso ser Alberto?
Hoy quisiera devolverme al momento en que osaron mi nombre,
Metérmele en el seno a mi madre pedirle ser quizás un Luis
O un Abelardo, de enterrarme en el puño de mi padre
Y golpearle el Juan de su arrogancia y el Antonio de su querencia.
Y que al caminar por la calle todos digan por ahí trajina
Aquel al que olvidaron ponerle nombre.
Y en el instante vestirme de Saulo abrazando un árbol
Como quien se enamorara de su propia cruz.
O un Andrés fugaz sollozando al borde de un destello.
O Julio aquel que se deshacía en las tardes encendidas.
Un Pedro para talar orejas y colmarías de salmos
Ser solo un José como aquel que zurcía albas
En las ventanas descompuestas. Hoy quisiera sumarle un sollozo
A mi nombre para que canten todas las penas juntas.
Pues nada sería más bello que destrozar mi nombre
Al borde de un acantilado y que los pájaros
Enreden su canto en sus sedas desvencijadas.
Para que así mi nombre en los espacios desatado
Solo sea una sílaba temblando entre los labios de Dios.